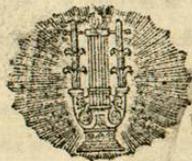


LAS CARCELES
DE EDIMBURGO.

POR

Sir Walter Scott

TOMO II.



MADRID, febrero 1831
Oficina de MORENO, plazuela de Asfidos, número 1.

Esta coleccion es propiedad de don Federico Moreno, y todos los ejemplares deberán llevar esta firma para ser conocidos por legitimos.

~~~~~

LAS CARCELES

# DE EDIMBURGO,

TOMO SEGUNDO.

————— ❦ —————  
CAPITULO I.

Me hallo obligado, lo mismo que el Arioste despues de sus digresiones, para atar las diferentes ramas de mi historia, á ir á buscar ciertos personajes, y conducir sus aventuras al punto que hemos dejado la de Jeanie. Tal vez no será esta la manera de referir una historia con mas arte, pero á lo menos será esta la menos incómoda para los lectores, y así les conduciremos de nuevo á la sala del consejo, en donde fueron examinados Ratcliffe y Butler, para que vean lo que ocurriò en ella despues que este último fue devuelto á la cárcel.

-- Yo apostaria alguna cosa, dijo el amanuen-

se del magistrado, que si este tunante de Ratteliffé tuviese seguridad de conservar intacto su pescuezo, haria mas él solo que diez de nuestros oficiales de Policia y de nuestros constables, para descubrirnos alguna cosa en el asunto de Portews. El conoce todos los contrabandistas, los tramposos y los ladrones de Edimburgo. Se le podria llamar el patriarca de los bandidos de Escocia, pues ha pasado veinte años entre ellos bajo el nombre de Daddy-Rat.

-- Valiente bribon, dijo el magistrado, para creer que vayan á darle el destino de llavero.

-- Yo os pido perdon, señor, dijo el procurador fiscal de la ciudad, que acababa de llegar en aquel momento, y que desempeñaba por entonces interinamente la superintendencia de policia. M. Bollemain tiene razon: es un hombre como este el que conviene á la ciudad y á mi destino; y si es verdad que se halla dispuesto á ser util, nadie podrá serlo mas que él. No son los santos los que nos descubren á los foragidos y ladrones: los hombres debien no valen nada para este oficio. Todo el mundo desconfia de ellos. Por otra parte, tienen escrúpulos; no saben mentir ni aun por el servicio público; no gustan de frecuentar los parages sospechosos, y

en las noches frias y oscuras, prefieren quedarse en sus casas arrimaditos al fuego, mas bien que ir á la descubierta. ¿Qué han hecho nuestros oficiales de policia y nuestros constables en el negocio de Portews? Nada. No tenemos aun en la cárcel mas que á un pobre ministro, que probablemente nos veremos precisados á poner muy pronto en libertad. ¿Porqué no descubren á los culpables? Porque se hallan contenidos los unos por el temor de su conciencia arrugada, y los otros por el miedo de constiparse ó de que les den una paliza. Portews solo valia tanto como veinte de toda esta familia; jamas ni dudas, ni temores, ni escrúpulos lo impedian hacer lo que se le mandaba.

Era un buen empleado de la ciudad, dijo el baylio; y si vos creéis que ese tunante de Ratteliffé pueda descubrirnos sus asesinos, yo quisiera que se le asegurase la vida, y que se le diese el destino que apetece.

Este negocio de Portews, Mr. Sharpitlaw, es bien triste para la ciudad, y hará mucho ruido en Lóndres. La reina Carolina es una muger... yo debo creerlo á lo menos, y no es faltarle al respeto el hablar así: y aunque seáis

soltero, podeis saber tan bien como yo, pues que teneis una ama de gobierno, que las mugeres son absolutas y no quieren ser contrariadas; y yo sé que sonará mal á sus bidos, cuando sepa esta ocurrencia, y que no se ha aprehendido aun á ninguno de los culpables.

— Si pensais así, será cosa muy fácil, contestó el procurador fiscal, el hacer prender una docena de vagabundos, como sospechosos de haber tomado parte en el motin, pues no estarán mal si pasan unos quince dias en la cárcel.

— Voy á hablar de Ratcliffe al lord Prevoste, dijo el magistrado, y yo quisiera que vinierais conmigo, M. Sharpitlaw, para recibir vuestras instrucciones. Tambien se puede sacar algun partido de la historia de Butler con su desconocido. ¿Qué hacia este hombre en aquel sitio tan estraviado? ¿Por qué dijo que era el diablo con espanto de los hombres de bien, que no se cuidan de oírle mentar ma, que el domingo en el púlpito? En cuanto al ministro, yo no puedo creer que verdaderamente fuese uno de los gefes de la insurreccion. ¿Pero qué sabemos? En cuanto á Ratcliffe, si. Si el prevoste quiere autorizarme, yo mismo iré á sondearlo

porque yo sé como se debe hablar á esas gentes para sacarles algo del cuerpo.

M. Sharpitlaw, en razon de su carácter, recibió del lord prevoste todos los poderes necesarios para hacer con Ratcliffe lo que juzgase conveniente á la utilidad pública; y en su consecuencia despues de comer se dirigió á la cárcel.

Las relaciones de un agente de policia con un ladron de profesion, varian segun las circunstancias. La comparacion vulgar de un Alcon que se precipita sobre su presa, es muchas veces la menos exacta. El defensor de las leyes tiene mas comunmente el aire de un gato que azecha á un raton, y no se apresura á caer sobre él, sino que observa todos sus movimientos de modo que no esté nunca fuera de su alcance. Algunas veces hace un papel aun mas pasivo; es la serpiente, cuya vista entorpece al pájaro que intenta devorar, y sabe que con una poca paciencia su victima vendrá ella misma á caer en su boca medio abierta. La entrevista de M. Sharpitlaw con Ratcliffe, tuvo un carácter absolutamente diferente. Estuvieron sentados durante algunos minutos con el mayor silencio, uno delante de otro junto á una

pequeña mesa, pero mirándose mutuamente con un aire de desconfianza mezclado con una sonrisa sardónica, como dos perros, entre los cuales se halla un hueso, se detienen á dos pasos uno de otro, se miran, y espera cada uno que el otro se ampare de él para echársele encima.

-- Y bien, M. Ratcliffe, dijo al fin el procurador fiscal, creyendo que era de su dignidad el hablar el primero; me han dicho que queréis abandonar el oficio.

-- Es verdad, M. Sharpitlaw, dijo Ratcliffe, dándose cierto aire de importancia; no quiero continuarle mas: y creo que esto ahorrará algunos embarazos á vuestras gentes.

-- Jayme Dalgleish sabria bien ahorrársela. (Este era el nombre del verdugo).

-- Sí; si yo quisiera esperar en la cárcel que viniera á ajustarme el corbatin. Pero esto son palabras inútiles, M. Sharpitlaw.

-- Yo presumo que no habeis olvidado que estais condenado á muerte.

-- Esta es la suerte comun de todos los hombres, segun lo decia en la iglesia de la cárcel un digno ministro el dia que Robertson se escapó; pero nadie sabe cuando será ejecutada.

¿Conoceis á ese Robertson? le preguntó M. Sharpitlaw, bajando algo la voz y con un tono quasi confidencial: es decir; ¿podriais informarnos en donde podriamos tener noticias de él?

-- Yo seré franco con vos, M. Sharpitlaw. Ese Robertson es un calavera, mucho mas que yo: es muy fino, y ha dado algunos buenos golpes; pero escepto el negocio del colector, en el que no se metió sino por complacer á su compañero Wilson, y algunas pequeñas disputas con los guardas de las aduanas, no hacia nada en nuestro tráfico.

-- Es bien singular, teniendo tales compañeros.

-- Sin embargo, esta es la verdad bajo mi palabra de honor, dijo gravemente Ratcliffe; nunca se mezcló en nuestros negocios, yo no diré otro tanto de Wilson. ¡Yo he hecho mas de uno con él! Pero Robertson vendrá aquí, no lo dudeis. Con la vida que lleva, tarde ó temprano es preciso que venga á parar aquí.

-- Pero ¿quién es ese Robertson? ¿Vos lo sabeis?

-- No muy bien; yo sospecho que él es de mejor condicion que lo que quiere parecer. El ha sido soldado... él ha sido cómico... que se

yo que no ha sido, pues él empezó la vida siendo aun niño.

-- Ha debido dar algunos golpes muy bonitos ¿no es verdad Ratcliffe?

-- Bien podeis asegurarlo, y..... vaya es el mismo demonio para las mugeres.

-- Yo lo creo muy bien. Pero Ratcliffe, no perdamos el tiempo. Vos sabeis de qué manera podremos obtener vuestro perdon: es preciso hacerlos útil.

-- Esto es muy justo, señor, respondió el exbrigante; nada por nada: yo conozco bien la regla.

-- Pues bien, lo que nos ocupa mas en este momento es el asunto de Portews.... y si podeis ayudarnos á desenredarle, el destino de llavero... y con el tiempo tal vez el de carcelero.... ya me entendeis.

-- Muy bien, Señor, al buen caballo no es menester hacerle sentir la brida. ¡Pero este negocio de Portews!.... Vos sabeis muy bien que yo estaba en la cárcel durante todo aquel tiempo. Yo podia apenas contener la risa cuando le oia pedir misericordia á los muchachos que le llevaban. ¡Ah! ¡Ah! vecino, decia yo, tú me has hecho tomar caldo de gallina algunas ve-

ces: ahora vas á ver lo que es ser ahorcado.

-- Vamos, vamos, Ratcliffe, estas digresiones no pegan conmigo: es preciso que llegemos al punto, si quereis que seamos amigos.

-- ¿Pero cómo podré yo llegar al punto, como decís, respondió Ratcliffe con sencillez, pues que yo estaba en la cárcel antes y despues del alboroto?

--¿Y cómo se podrá obtener vuestro perdon y daros un puesto importante, sino haceis nada para merecerle?

-- Pero aun cuando yo os digese que he reconocido á Geordy Robertson entre los que vinieron aqui á buscar á Portews, ¿de qué utilidad os serviria esta noticia?

-- Hé aqui lo que se llama llegar al punto. Ahora ¿en dónde creéis que podamos encontrarle?

-- ¡Qué se yo dónde diantres estará ahora! Tal vez habrá dejado el país, pues apesar de la vida que lleva, de una manera ó de otra tiene amigos, y parece haber recibido una buena educacion.

-- No por eso hará menos linda figura en la horca. ¡Miserable! ¡Asesinar á un empleado de la ciudad por haber hecho su deber!

¿Quién sabe lo que podría haber hecho en seguida?... ¿Pero estais bien seguro de haberla visto?

-- Tan seguro como de mi existencia.

-- ¿Cómo estaba vestido?

-- No sabré deciroslo. El tenia sobre la cabeza una cosa como un gorro, ó sombrero de muger: no puede uno tener la vista en todo.

-- ¿No habló á alguno?

-- Ellos se hablaban los unos á los otros, contestó Ratcliffe, que parecia no responder con gusto á este interrogatorio.

-- Es menester hablar claro, Ratcliffe, dijo el procurador fiscal dando una fuerte palmada sobre la mesa.

-- Me parece que hablo bastante claro, M. Sharpitlaw; y sin este maldito destino de llavero.

-- Y un día el de carcelero en caso de buena conducta....

-- Si; en caso de buena conducta: este es el demonio. Y despues es menester aun esperar los zapatos viejos de otro.

Pero la cabeza de Robertson tiene su precio, y si vos le lograis por su arresto y obtenis luego el empleo de llavero, podreis pasarle muy bien.

Yo no sé si lo pasaré mejor en mi segundo oficio, que en el primero, M. Sharpitlaw: ni yo me cuido de eso. Solo podré deciros que vi á Robertson hablarle á Effie Deans, esa muchacha que está aqui por infanticidio.

-- ¡Ola Ratcliffe! Poco á poco.... Vos me vais dando ideas. Ese hombre que ha hablado á Butler.. esa cita por la noche con Jeanie Deans, reuniendo todo esto.... yo apostaria que esto es el padre del niño.

-- Podria haber sospechas mas mal fundadas: dijo Ratcliffe. Yo oi decir que tenia una querida, y que Wilson le impidió que se casara.

Un oficial de policia que entró en aquel momento dijo á M. Sharpitlaw que allí estaba la muger que le habia mandado prender.

-- Paco importa ya, dijo el procurador fiscal, pues el negocio toma ya otro aspecto. Con todo, hacedla entrar.

El oficial se retiró un momento, y condujo una muger de unos veinte y dos años, de una gran talla, y vestida de un modo singular: tenia una especie de redingote azul guarnecido de galones muy viejos, sus cabellos atados atras como los de un hombre, cubiertos con un gorro montañés adornado

con algunas malas plumas, y un zagalejo de camelote encarnado, en cuya falda se descubrian aun algunos restos de bordados, y jugaba con una varita que tenia en la mano. Tenia las facciones varoniles y decididas, grandes ojos negros, y un perfil bien acabado, que de lejos le daba una apariencia de hermosura.

Al entrar hizo una reverencia estrafalaria, y empezó la conversacion sin esperar que nadie la hablase.

-- Buenos dias, M. Sharpitlaw; buenos dias Daddy Rat: me habian dicho que os habian ahorcado, buen hombre. ¿Con que al fin os habeis librado de las manos de Jaime Dagleish, como Maggie Dikson?

-- Callad, habladora, le dijo Ratcliffe, y escuchad lo que os digan.

-- Con mucho gusto, Rat: yo estoy tan contenta de que me hayan enviado á buscar por un hombre con vestido bordado, que me ha acompañado en la mitad del dia, y á la vista de todo el pueblo para hablar con los señores prevostes, baylios, procuradores... ¡Oh! este es un honor para mí. ¿No es verdad?

-- Asi, Magde, os habeis puesto vuestros me-

jores vestidos, dijo M. Sharpitlaw, con un aire un poco burlon, pues estos no son vuestros adornos de todos los dias.

-- Toma, dijo Magde viendo entrar á Butler, que el procurador habia enviado á buscar. ¿Un ministro en la cárcel? Sin duda estará aqui, por lo que ellos llaman la buena causa. Pero aqui no hay mas buena causa que la mia.

-- ¿Habeis visto alguna vez á esta loca? preguntó M. Sharpitlaw á Butler.

-- No lo creo, señor.

-- Yo lo pienso asi tambien, contestó el fiscal, dirigiendo una mirada espresiva á Ratcliffe, que éste comprendió; y mirando á Butler le dijo: pues sin embargo se llama Wildfire.

Sin duda; este es mi nombre: si, este es mi nombre desde que yo... Un aire de tristeza se dejó ver sobre todas sus facciones. Pero ya hace mucho tiempo, y yo no me acuerdo. Mejor será que os cante alguna cosa.

-- Dejad vuestras canciones para luego, que ahora necesito me respondais á ciertas preguntas. Pero entre tanto, M. Butler, examinadla otra vez.

-- Si, ministro, examinadme; mi cara vale bien todos vuestros libros: yo podria hablaros

tambien de gracia, de justificacion... pero todo se olvida: y diciendo esto dió un profundo suspiro.

-- ¿Qué pensais ahora, M. Butler? le dijo el fiscal.

-- Lo que os he dicho ya. Jamas he visto á esta pobre demente.

-- ¿Estais bien seguro que no era á ella á quien daban el nombre de Wilfire la noche última?

-- Perfectamente seguro. Era la misma talla; pero por lo demas no hay ni sombra de semejanza.

-- ¿Y el vestido?

-- Del todo diferente.

-- Magde, le preguntó el fiscal, ¿qué habeis hecho de los vestidos que os poniais todos los dias?

-- Yo no se nada.

-- ¿En donde estabais ayer noche?

-- ¿Ayer? yo no me acuerdo. ¿Es que una se acuerda de ayer? Un dia es bastante largo y algunas veces demasiado.

-- ¿Y si yo os diese este medio peso, os acordarias? le dijo el procurador enseñándole una moneda.

-- Esto me haria reir, pero no me volveria la memoria.

-- ¿Y si yo os enviase á la Work-House, y encargase á Jaime Dalglish que os tocase las espaldas con su manopla?

-- Esto me haria llorar, pero no me volveria la memoria.

-- Señor, le dijo Ratcliffe, esta infeliz no tiene bastante juicio para que el dinero ó los azotes la obliguen á decir lo que no quiere; si me lo permitis, yo sabré hacerla hablar.

Pues bien, encargaros de ello, que ya estoy harto de sus habladurias.

-- Magde, le dijo Ratcliffe, decidme hermosa mia, ¿teneis ahora algun amante?

-- ¿Os lo han preguntado? Pues decid que no sabeis nada... ¡Miren ahora el viejo Daddy Rat que viene á preguntarme si yo tengo amantes!

-- Amiga mia, bien se ve que no teneis ninguno.

-- ¡Ninguno! contestó Magde moviendo la cabeza con el aire de una beldad que se ve ultrajada. ¡Vaya! ¡con que no tengo ninguno! ¿y que son Rob Ranter, Will Fletcher y Geordy Robertson? ¡ah! ¡ah! ¿Y qué decis de este del gentil y gracioso Geordy?

Ratcliffe se sonrió, echó una mirada al procurador y continuó su interrogatorio. Si, ya le conozco; pero tiene mucha vanidad, y solo os quiere cuando estais bien puesta. ¿Apuesto que no querria tocaros, ni aun con unas tenazas, cuando llevais el vestido de todos los dias?

-- ¿Si? pues mirad como os engañais. El mismo se los ha puesto ayer y los ha paseado por toda la ciudad, y le hacian una carita como á una reina.

-- Hermosa reina, á fe mia, dijo Ratcliffe, con un sombrerillo viejo todo roto, y un vestido azul celeste todo descolorido.

-- No hay nada de esto; contestó con precipitacion Magde, que apesar de su falta de memoria dejaba escapar todo lo que hubiera querido encubrir. Tenia mi sombrerillo verde, que aunque viejo, no está roto: mi vestido oscuro, y mi zagalejo encarnado; me dió un duro para que se los prestase, y por encima un abrazo, que vale mas que el duro.

-- ¿Y os ha vuelto los vestidos? la preguntó M. Sharpitlaw. ¿Sabeis en donde está ahora?

-- El procurador lo ha echado todo á perder, pensó Ratcliffe, y no se equivocó, pues

estas preguntas recordaron á Magde que debia guardar silencio sobre los objetos de que la habia hecho hablar Ratcliffe contrariándola.

-- ¡Ola! le dijo á M. Sharpitlaw, con un aire que manifestaba que era tan astuta como loca; ¿con qué vos nos escuchabais?

-- Sin duda: decidme pues á qué hora y en qué lugar os ha vuelto Robertson vuestros vestidos.

-- ¡Robertson! ¡Dios mio! ¿Y qué es eso de Robertson?

-- Ese de quien hablabais, y que llamabais el gentil Robertson, ó el gentil Geordy.

-- ¿Geordy gentil? Yo no conozco á nadie que se llame Geordy Gentil

-- No creais poderos escapar asi; dijo M. Sharpitlaw. Es preciso que respondais á mi pregunta.

-- Magde en vez de contestar se puso á cantar. El procurador estaba furioso y exclamó: yo sabré hacer de modo que encuentre su lengua esta diablesa escapada de Bedlam (1).

-- Yo creo, dijo Ratcliffe, que lo mejor seria

(1) Casa de locos.

22  
dejar que se tranquilice, pues que ya hemos sacado de ella alguna cosa.

-- Teneis razon, dijo M. Sharpitlaw. Un viejo sombrero verde, un vestido oscuro y un zaga-lejo encarnado, M. Butler, ¿este vestido no conviene con el de vuestro Wilfire de ayer noche?

-- Absolutamente; contestó éste.

-- Y yo puedo añadir, dijo Ratcliffe, que fue bajo ese mismo vestido que conocí ayer noche en esta misma cárcel á Geordy Robertson.

-- ¡Testimonio directo! exclamó M. Sharpitlaw. Ratcliffe, voy á dar al Lord Prevoste un informe favorable con respecto á vos; y esta noche yo tendré ocasion de ocuparos en algo. Entre tanto quedaos con Magde; tratad de hacedla cantar mejor; y vos, M. Butler, podreis retiraros.



## CAPITULO II.

Quando el procurador fiscal volvió á la cárcel, continuó su conferencia con Ratcliffe, sobre cuya ayuda y esperiencia creia poder contar.

-- Ratcliffe, le dijo, es menester que hableis á Effie Deans; estoy seguro que ella conoce todos los parages en donde se oculta Robertson; es menester que le saqueis el secreto.

-- No, no, eso no se puede; dijo el presumido llavero.

-- ¿Y por qué? ¿quién puede deteneros? Yo creia que todo estaba ya arreglado y convenido entre nosotros.

-- Sin duda; pero yo no puedo hacer imposibles. Effie no es de mi trinca, ni ella entenderia mi geringonza ni yo la suya. Ademas ella no hace mas que llorar... ¿Y qué partido quereis que yo saque?

-- Pues bien, entonces yo mismo la hablaré. En seguida se dirigió al encierro de Effie. Esta se hallaba sentada sobre la cama, sumergida en una tristeza profunda, su comida esta-